



LA HOJITA de PARRANDA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

ANTONIO DE LEZAMA
El agua oxigenada.

FÉLIX RECIO
De mis memorias de viejo casto.

LUIS DE OSSA
La casa de baños.

RAMON GÓMEZ DE LA SERNA
La princesa se perdió.

F. LUIS LORENTE
Antes y después.

FERNANDO AMADO
Castigo merecido.

JACINTO CARMIN
O pesaditas, ó no darlas.

E. CARMONA LUQUE
Soneto.

GABRIEL ENCISO
Niñas que se pintan.

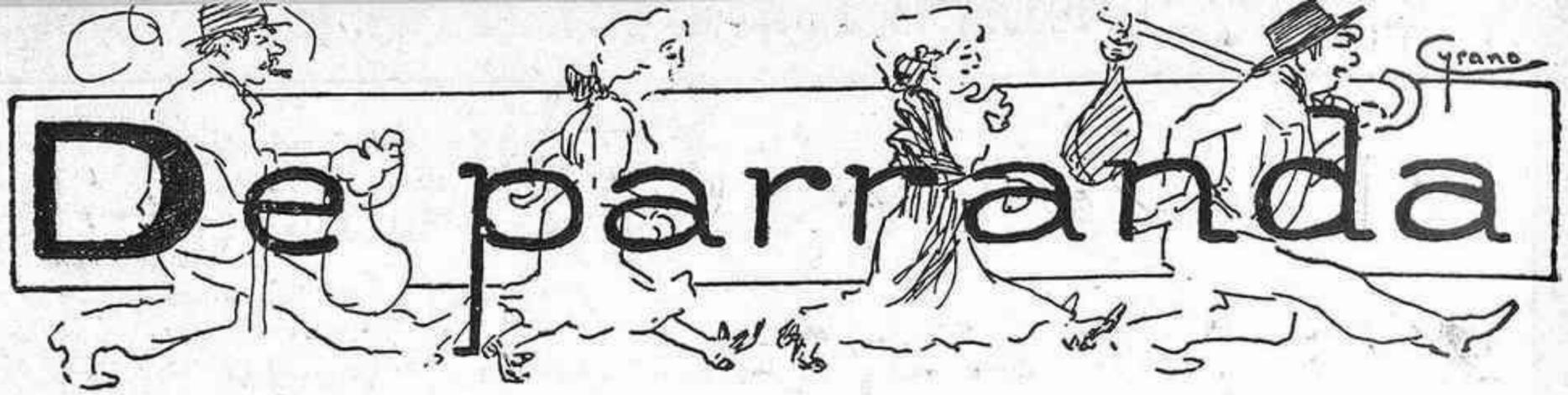
TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
la Fea aud Chatrau.



LA FEA AUD CHATRAU

Fea! Si van ustedes á Romea, comprobarán que no lo es...

5 cénts.



POR UNAS CAMARERAS DEL DEMONIO
SE PERTURBA LA PAZ DEL MATRIMONIO

En el *bar* "La Parra,"
de Benaguacil
no hace muchos días
que se armó un *jollín*,
porque las celosas
cónyuges de allí
(según ellas dicen)
no pueden vivir
por las camareras
de talle gentil,
que á los parroquianos
vuélvenlos *gillis*...



Antes los maridos
en Benaguacil
(dicen) no dejaban
nunca de cumplir
sus obligaciones;
mas, desde que aquí
las camareritas
de ese cafetín
sirven á los hombres,
no tenemos ni
quien nos acompañe,
vamos, á dormir...



Si eso dicen ellas
en Benaguacil,
¿qué dirán las tristes
cónyuges aquí,
donde hay tantas chicas
prontas á servir
lo que les pidamos
en los *bares* y
los cafés cantantes
de este gran Madrid,
que á las provincianas
suele hacer tilín?...



No os quejéis, ¡oh, esposas
de Benaguacil!,
de las camareras
de ese cafetín;
porque, en este pueblo

de seiscientos mil
habitantes, puede
que no existan ni
cuatro que á sus casas
vayan á dormir
mientras no los echen
de la "brasserie,"...



Recordad, señoras
de Benaguacil,
la chulesca frase
de que *hay que sufrir*;
á mal tiempo, buena
cara; y, si en el *llit*
os halláis solitas,
ya sabéis: sufrid
las adversidades;
pero nada de ir
á promover zambras
en el cafetín...

No sólo los hombres
de Benaguacil
son aficionados
á hacerse servir
por las "pobres chicas";
pues lo mismo ahí
que en San Petersburgo,
Londres y Berlín,
las camareritas
de talle gentil
á sus parroquianos
vuélvenlos *gillis*...



Por lo tanto, ¡oh, damas
de Benaguacil!,
os quejáis de vicio;
pues igual ahí
que en la Patagonia,
Rusia y el Brasil,
los trasnochadores
no van á dormir
hasta que los echan
de la "brasserie";
¡pero en casa nunca
dejan de *cumplir*!

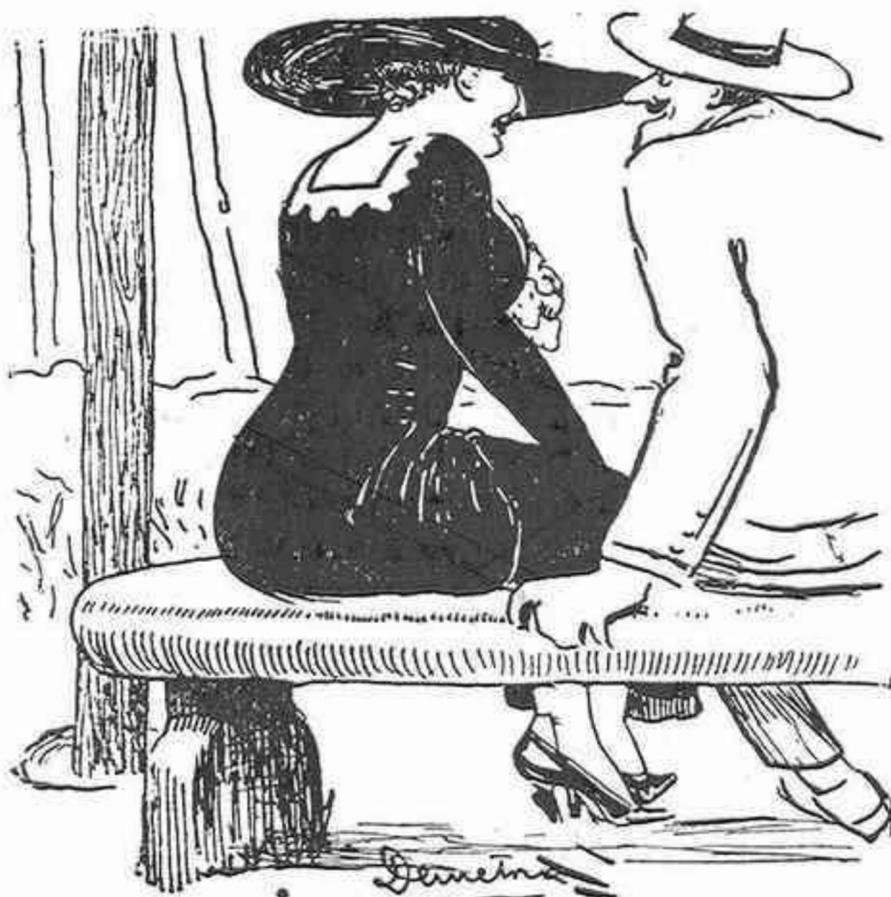
Carlos Miranda.

EL AGUA OXIGENADA

S los apuros de Silverio eran grandes, mayores podrían considerarse los de Ana.

Los días, las semanas y los meses pasaban con una rapidez vertiginosa, y el terrible momento del parto se aproximaba.

Don Faustino, el afortunado D. Faustino, esposo de Ana, no cabía de gozo en su pe-



El conquistador.—¿Y habrá usted venido á España con motivo de eso del turismo?

La miss.—No: mí haber venido para cambiar la lengua con un español.

llejo, y cuenta, lector querido, que el pellejo de D. Faustino contenía la no despreciable cantidad de 115 kilos de grasas y huesos. Su ancha y vulgarísima carota hacía expresivas muecas de contento al pensar que, después de ocho años de matrimonio, iba á ver cumplidos sus deseos.

El almacén de curtidos ya no iría á parar á manos del botarate de Silverio, ese sobrino que Dios le había deparado para su desesperación.

Cuantas veces veía á su pelirrojo pariente decíale con sorna:

—Pronto tendrás otro amo, Silverio. Yaverás, ya verás qué chico más guapo voy á tener. Eso sí, saldrá morenito, porque la ma-

dres es bastante gitana y yo soy un tanto negrucho.

La primera vez que Silverio y Ana escucharon la anterior retahíla se quedaron tan frescos; pero las insistentes afirmaciones de D. Faustino acabaron por inspirar verdadero terror á la infiel esposa y al desleal mancebo.

—Convécete, Silverio—decía Ana—: si lo que llevo en mis entrañas sale con el pelo negro, no hay cuidado; pero si, como me presumo, se parece á ti y viene al mundo con cabello rojo y el cutis blanco, se va á armar la de San Quintín.

Los adúlteros pasaron unos días terribles, porque D. Faustino, á pesar de sus desgracias matrimoniales, era un hombre feroz y muy capaz de hacer polvo de un puñetazo á los culpables.

Silverio, en lugar de despachar pieles á los parroquianos, no hacía más que pensar en la catástrofe, que se acercaba á paso de gigante.

Ana, por su parte, estaba anodada, porque el doctor Lombarda, uno de los facultativos más famosos de Madrid, había anunciado la



El guardia (apuntando).—«Por faltar á la moral y decencia pública...»

El chico.—¡Anda, leñe! ¡Qué finolis!

proximidad del alumbramiento, insistiendo en la necesidad de que la enferma se sometiese á un plan higiénico muy riguroso y á un régimen alimenticio especial, en el que figuraba el agua de Seltz como única bebida.

Don Faustino, esposo amantísimo, tomó por su cuenta el que Ana cumpliera los preceptos del doctor; y, justo es reconocerlo, jamás hubo enfermo más dócil y enfermero más concienzudo.

Los síntomas precursores del parto pusieron en conmoción la casa de D. Faustino, y



—Marquesa, ¡si usted supiera la pasión que ha despertado en mí!...

—¿Es muy grande?

—Lo suficiente para pasar el rato.

el espanto se apoderó del alma de D. Silverio, que ya se veía hecho añicos entre las férricas y peludas manos de su tío y patrón.

Ana, la espléndida morenaza, aguardaba en el lecho el temido desenlace de una aventura cuyo principio y origen no pudo ser más placentero.

Su estado febril la obligaba á pedir de beber frecuentemente, y D. Faustino, obediente á las indicaciones de la esposa y á los consejos del sabio tocólogo Lombarda, echaba en un vaso dos deditos de agua de Seltz que contenía un sifón colocado sobre la mesa de noche.

Una de las veces, los ojos de Ana se fijaron en el sifón, y una luz extraña brilló en

sus negras pupilas, y sus labios hicieron una mueca irónica.

*

Todo salió á las mil maravillas. El eminente doctor Lombarda recogió en sus brazos una preciosa criatura que, después de bien lavada y fajada, fué puesta junto á la madre.

Don Faustino, en una habitación inmediata, esperaba que el temido trance pasara para entrar en la alcoba de su mujercita y comerse á besos á la madre y al hijo, porque un hijo era lo que había venido, según declaración de la comadrona.

La entrada fué un momento emocionante para el almacenista de curtidos.

Al lado de la recién parida veíase un montoncito de carne.

Don Faustino cogió al niño en brazos con la misma unción y gesto reverente que podría emplear un sacerdote para alzar el cáliz, y aproximó aquella criaturita á su cara.

En poco estuvo que el tierno infante no diera con su diminuta humanidad sobre el pavimento.

La escasa cabellera del comerciante se erizó; sus ojos se abrieron tan desmesuradamente como su boca, y en tan lamentable facha se quedó mirando ora al recién nacido, ora á la madre, ora al desventurado Silverio, que más muerto que vivo presenciaba la escena.

Los presentimientos de Ana y de su amante se habían cumplido.

¡Era rubio, es decir, más que rubio: era como Silverio!

Una pelusilla rojiza cubría la cabeza del nene, y la carita era un puñado de rosa y blanco.

La estupefacción de don Faustino, como todas las cosas terrenales, tuvo un límite, y al asombro siguió la indignación.

Con ademán airado y voz de trueno, preguntó á su mujer:

—¿Y esto es mío?

—Pues, claro—repuso la esposa.

—Pero ¿cómo siendo los dos morenos, sale este chico que parece un estropajo nuevo?

Ana, haciendo un esfuerzo, se incorporó, y señalando el sifón del agua de Seltz, dijo á su marido:

—¿Qué pone en esa etiqueta?

—Agua oxigenada...

—Pues entonces, ¿cómo te choca que el niño sea rubio?

La abrumadora lógica de Ana devolvió la perdida calma á D. Faustino.

¡Oh, prodigios del agua oxigenada!

Antonio de Lezama.

DE MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

POR EL HILO

HEMOS reconocido que las mujeres caprichosas se pirran y despepitan por los señores toreros. Pero ¡qué diantre!... No siempre la gente de coleta, por larga que la tenga, ha de ser preferida, y algo de compasión queda en los corazones femeninos para la gente de pluma.

Por ejemplo...

Anoche estaba yo con mi compañero X. en el teatro de Es-lava, y la tercera función había concluido.

—¿Qué hacemos?—preguntó X.

—Lo que quieras.

—¿Vámonos á Apolo?

—Vamos.

Y ya nos íbamos, cuando se acercó á nosotros uno de los muchachos que venden periódicos.

—¿El señor X. Z.?

—Yo soy.

—En la calle hay una señora que desea verle.

—¿La conoces?

—No; parece una criada. Sígame usted si gusta.

Entonces nos separamos; yo me quedé liando con filosófica cachaza un cigarrillo, y pensando que á los viejos, á quienes los años dejaron fuera de combate, nunca les sucede nada extraordinario, y X. salió al encuentro de la misteriosa aventura. Luego supe lo ocurrido, y juro por mi honor que este lance merece figurar entre los más curiosos y novelescos que registran los anales de los amo-

rios callejeros. X. llegó, precedido del muchacho vendedor de periódicos, hasta la portezuela de un coche de alquiler. Dentro del vehículo había una criada que transcendía a doncella de casa principal.

—Me han dado un encargo para usted—dijo mirando á X. y sonriendo—; si fuese usted tan amable que quisiera molestarse acompañándome...



—Desengañese usted, señá Celes: semos el vertedero de la sociedad.

—Estoy á su disposición.

X. subió al coche, y éste echó á rodar en dirección á la calle de Alcalá.

—Mi ama tiene grandes deseos de conocerle á usted, y esta noche le espera en su casa.

—¿Quién es tu ama?—preguntó X.

—Dispéñeme usted; pero... no puedo decírselo.

—¿Es raro!—exclamó X. ingenuamente.

—¡Ya ve usted!—repuso la joven—caprichos de señora que se aburre.—Y agregó:—Usted me permitirá también que en llegando á la plaza de Colón le vende los ojos.

—No hay inconveniente — dijo X. riendo—; estoy completamente á tu disposición.

La muchacha cumplió lo prometido, y el galán se halló de pronto con los ojos cuidadosamente tapados. Cuando el coche se detuvo, la doncella le dió la mano, invitándole á bajar. Así, andando poco á poco, siguiendo á la guía que le arrastraba suavemente, X.

atravesó un jardín, sintiendo el tenue ruido de sus pasos sobre el suelo enarenado y el contacto húmedo de las ramas de los árboles que le rozaban la cara; después salvó algunos peldaños, atravesó el zaguán y comenzó á subir una escalera... Luego, su acompañante le quitó la venda y murmuró, empujándole hacia adelante:

LA ADIVINACIÓN DEL PENSAMIENTO



—¿Qué es lo que me ha entregado este señor?

—Una sortija.

—¿De señora ó de caballero?

—De caballero.

—¿Y ahora?

—Un reloj.

—¿De señora ó de caballero?

—De señora.

—¿Y ahora?

—Una pipa.

Una voz del público.—¿De señora ó de caballero?



—Chica, estoy encantada con Ruiz Jiménez, porque quiere establecer el repartimiento general.

—¿Y qué vas ganando con eso?

—¡Toma, pues que así tocaremos á más!

—Siga usted solo. Más tarde nos veremos. Yo espero aquí...

X. comprendió que acababa de entrar en una habitación. El suelo estaba alfombrado; el aire olía á dormitorio de mujer elegante. Mi amigo se había quitado el sombrero, presintiendo, más bien que vislumbrando, á despecho de la obscuridad, una encantadora silueta femenina que se acercaba.

—No tenga usted miedo—murmuró melodiosamente una voz de mujer—. Aquí no hay más persona que yo; y yo... le quiero á usted mucho.

—¿Quién es usted?—volvió á preguntar X., á quien la curiosidad atormentaba.

—Para usted siempre seré un misterio.

—Y esta aventura, ¿merecerá los honores de la repetición?

—¡Loco!... ¿Aun no ha llegado usted al término de su viaje y ya piensa volver? ¿Quién podrá reconquistar lo no conquistado?... Vamos, no sea usted impaciente. Sígame usted...

X. sintió que una mano regordetilla y sua-

ve le cogía por la muñeca, y... se dejó llevar. ... Después, mucho antes de que empezase á clarear, X. salía del hotel con los ojos vendados y guiado por la discreta doncellita. El mismo coche que hasta allí los condujo, los volvió á Madrid.

X. iba muy preocupado y sin hablar palabra. De pronto la joven dijo:

—Vamos, ya puede usted descubrirse.

Estaban en la plaza de Castelar, delante de Cibeles.

Entonces, mi amigo echó pie á tierra.

—Conque ¿no debo saber nada?—preguntó.

—Nada.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

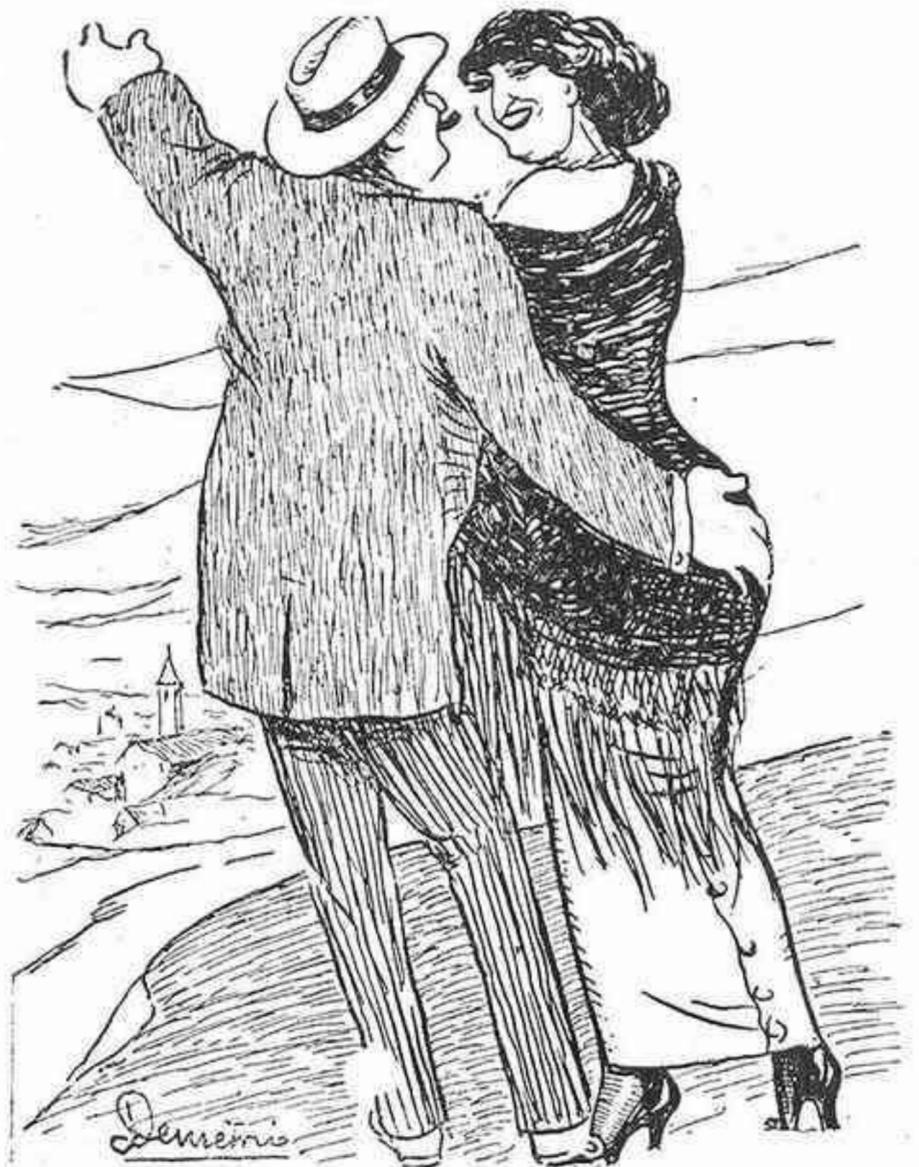
—No sé. Mas no pase usted cuidado: yo le buscaré. Adiós.

Y el vehículo se fué Recoletos arriba, en dirección al Hipodromo.

Pero X. recuerda el número del coche. El cochero es probable que, cediendo á las prodigalidades del galán, refiera cuanto sepa acerca de esto y ya lo enseña el refrán:

“Por el hilo...”, etc.

Félix Recio.



Él.—¡Oh, la Naturaleza! ¡Esto es lo más hermoso de la Creación!

Ella.—¿Se puede saber con qué mano se ñalas?

LA CASETA DE BAÑOS

CUANDO Teodoro entró en la caseta de baños núm. 26 no pudo por menos de reconocer que un duro dado á tiempo es el argumento más incontrovertible que existe en el mundo.

Gracias á las persuasivas virtudes de aquellas cinco pesetas que Teodoro dió tan oportu-

De un bolsillo sacó un diminuto berbiquí, y mientras la hermosa muchacha se bañaba hizo un agujero en la tabla que dividía en dos la caseta.

La labor fué realizada en poquísimo tiempo, y aun tuvo el suficiente para cambiar su ropa de calle por un traje de baño.

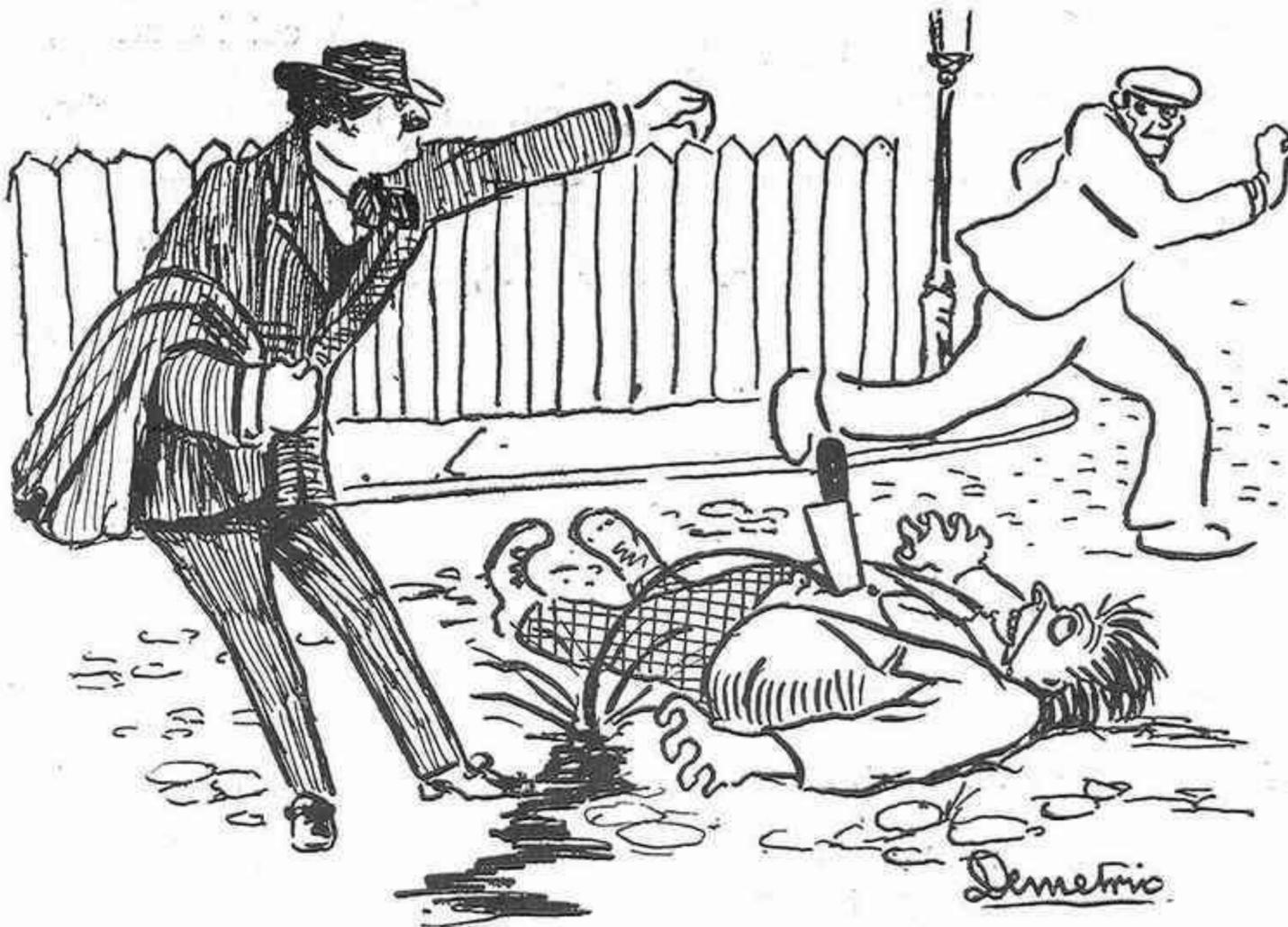
Apenas había terminado su transformación

sintió que Mercedes entraba en su departamento.

Lleno de emoción y de ansiedad, pegó un ojo al agujero por él preparado, y... ¡para qué contarles á ustedes lo que vió!

Teodoro pasó uno de los sofocones más grandes de su vida, y aun fué mayor cuando, al apoyarse sin precaución alguna en el tabique, éste cedió al peso de Teodoro, y nuestro héroe fué á parar á los pies de Mercedes, que por no tener otra cosa con que cubrir sus desnudeces, pretendía taparse con un peine. El terror dejó mudos á los dos personajes de

«EL DUENDE» EN ACCION



—Un momento, señor de asesino: espérese á que Alfonso nos haga un grupito.

tunamente al bañero, podía desarrollar su maquiavélico y sicalíptico plan.

En el departamento de al lado, separado por una débil pared de madera, acababa de entrar la gentilísima é inquietante Mercedes.

El, que no podía acercarse á la espléndida mujer si no era pasando antes por las formalidades de pedir su venia á su padre, que parecía un sargento de la Guardia civil por lo vigilante, y sin someterse á la fiscalización de la madre, que se asemejaba á un *bull-dog*, iba á gozar del indescriptible placer de contemplar en el más somero de los trajes á Mercedes.

aquella tragicomedia, y quien primero recobró la serenidad fué Mercedes, que, vistiéndose apresuradamente, se libró de las curiosas miradas del confundido tenorio.

Ya un poco arreglada, dijo la hermosa muchacha:

—Si es usted un caballero, no tiene más remedio que reparar el daño causado de forma que nadie se entere de lo ocurrido.

Nuestro amigo Teodoro vió el cielo abierto al convencerse de que Mercedes, lejos de armar un escándalo, trataba de evitarlo, y tomando una rápida determinación, propuso á la bañista componer el tabique.

La empresa fué sencillísima. Se trataba de unas tablitas muy delgadas, y con un poco de paciencia Teodoro compuso el derruido tabique.

Mercedes ayudó al curioso, y más de una vez sus manos tropezaron y sus miradas coincidieron, y hondos suspiros salieron de sus pechos.

Cuando todo estaba en orden, Mercedes y Teodoro lanzaron un gesto de sorpresa al ver que en su aturdimiento habían hecho el arreglo quedándose él en el departamento que ella ocupaba y que ya no había manera de que Teodoro volviese á su caseta.

Mercedes ya no tuvo más serenidad, y se echó á llorar como una Magdalena; y ni los consuelos ni las caricias de Teodoro eran suficientes para devolverla la tranquilidad.



—No tengo inconveniente en contraer segundas nupcias con usted; pero le advierto que soy muy callejera.

—Pues eso es lo que me gustará: que entre y salga, que se mueva mucho.



—¿En qué postura me pongo, maestro?

—En la que te sea menos violenta.

—Por eso no lo deje usted, porque estoy acostumbrada á todas.

El poco avisado Lovelace quiso salir de la caseta; pero al intentarlo vió que el padre y la madre de su compañera estaban á la puerta ojo avizor.

Y lo que había de ocurrir ocurrió. Mercedes y Teodoro, rojos como amapolas, ella vestida con excesivo descuido y él en traje de baño, salieron de su caseta para caer bajo las garras del vigilante matrimonio y de ellas pasar, con pasmosa celeridad, á las del juez municipal y el párroco.

Y he aquí cómo una malsana curiosidad y la poca fortaleza de una tabla dieron al traste con el decidido propósito que tenía Teodoro de permanecer célibe.

Luis de Ossa.

LEA USTED EL JUEVES

LA MUJER DEL MUERTO

[por «El Duende» de la Colegiata]

20 CÉNTIMOS

LA PRINCESA SE PERDIO

(CUENTO PARA NIÑOS)



Una princesa se perdió en el bosque, un bosque enmarañado, salvaje y sin confines. Primero, intentó encontrar el camino real, pero nada: todo era maleza; y en la maleza, á lo más, había senderos borrosos y entrecortados.

Obscureció, y se llenó del miedo á la ne-



—Vamos, no m'hagas tan panoli, que esa escena que m'has narrao la he leído yo en un libro fonográfico.

grura y á los animales feroces. No sabía qué hacer. ¿Subirse á un árbol? Pero las serpientes trepan por los árboles... ¡Si tuviese una coraza; si tuviese un arcabuz; si tuviese aunque fuese un cuchillo de cocina, ¡ó un cuchillo de posttel...

En la indecisión lloró con amargura, mirando con desconfianza á todos lados, sin-

tiéndose ya mordida y desgarrada, porque las fieras no tardarían en oler su carne por muy lejos que estuviesen... El cielo estaba iluminado de luna; pero en el sitio tupido en que ella estaba sólo se veía el espectáculo como por un tragaluz; se levantó, y anduvo hasta encontrar un claro junto á un regato de limpias aguas de un azul bruñido con reflejos metálicos.

La princesa se encontró un poco consolada mirándose en las aguas azogadas por la luna. Se sintió puerilmente menos sola y menos perdida. Pero duró poco. Al minuto estaba ya otra vez llorando.

De pronto, del fondo del regato surgió, después de un glu-glu-glu de burbujas, una voz débil que la dijo:

—Princesita: ¿quieres defenderte del león, del tigre, de la culebra, y hasta del bravo rinoceronte ciego que embiste con una puntería aciaga y atroz.

—Sí... sí. ¿Qué he de hacer?—contestó la princesa en un puchero.

—Eres muy bella y... debes ser muy blanca... Desnúdate eso bastará... Pero desnúdate antes de que te vean los ojos de gato del tigre ó la ceguera del rinoceronte, que traspasarás con tu belleza...

La princesa tiró su manto de armiño y se fué quitando sus ropas... A veces hacía algunas consultas al agua:

—¿No tendré frío?

—No, porque habrá quien te cubra.

—Las cintas de mi corsé se han hecho un nudo detrás y no puedo yo sola desenredarlo.

—Rómpe las... Anda... Anda...

Cuando llegó á estar sólo en camisa, preguntó:

—¿No es bastante así?

—No—dijo el regato—, despréndetela; pero por abajo, para no despeinarte...

—No puedo: el descote de la camisa es muy pequeño, y no puede pasar por mis caderas.

—Rásgala.

Un momento se quedó con la camisa como un faldellín, en un ademán casto é indeciso; pero, al fin, la rasgó y la dejó caer. Quedó altiva y voladora. Cruzó los brazos sobre el pecho un momento; pero momento seguido, y encogiéndose hacia abajo, como sobreco-gida, empleó su mano como una hoja de parra. El regato habló:

—Quítate tus zapatos de raso y tus medias

de seda púrpura, pronto, porque siento que el peligro está cerca...

La princesa se quitó, como en las prisas, el zapato y la media de una vez, de un solo tirón, y preguntó después:

—¿Más?

—Sí... Más, más...

Tira tu corona, quítate el collar de perlas, las pulseras y las sortijas, y desnúdate de tus brazos y tus manos...

—¿De mis brazos y mis manos?... ¡Cómo!...

¿Yo habré de arrancármelos?

—No... Cuando acaben de servirte, levántalos y consérvalos enarcanados junto á la cabeza, enlazadas las manos en la nuca... ¡Oh, si hubiera unas pinzas sería admirable la depilación!...

La princesa tiró su corona, tiró sus joyas y se irguió entonces en definitiva. En el descampado se apercibió ese cambio de luz de cuando en las lámparas de aceite se sube, sube y sube, la torcida encendida. El aire resultaba tibio, porque el plenilunio

que partía de ella era cordial como la carne, á la vez que como la luz. Sus senos sacaron sus cuernecitos á la luna y sus ojos se extasiaron en el espectáculo. Las fieras, caseras y atentas como gatos, estaban sentadas, mirándola; todas, hasta el ciego rinoceronte y el pez que muere fuera del agua.

El regato, entonces, insistió:

—Oye: lávate el kool de tus ojos en estas aguas...

La princesa obedeció; retembló su carne; se hizo más irresistible, más voraz, más escocedora, más maltratable, y abocando casi el agua, con sus dos senos vivos y pesantes, colgados sobre ella, sintió que la enlazaban por debajo de las axilas y se levantaba hacia

ella, que retrocedía, un joven bello y desnudo también, de cabellos rizados, que la dijo:

—Soy Narciso, el que se cayó un día por mirarse en las aguas. No hubiera salido de mi ensimismamiento nunca de no haberte encontrado á ti, que eres más bella que yo y acabas mi leyenda.

La princesa, que se había salvado de las fieras, no se salvó del hombre que la asaltó...

Ramón Gómez de la Serna.



—Pues, hija, que tomé anoche un vaso de leche en el café de mi viejo y me hizo daño.

—Como que tiene muy mala leche.

ANTES Y DESPUÉS

—Te idolatro, te adoro, te venero.

—Eres mi vida, mi ilusión, mi alma.

—Si tú no me quisieras me moría.

(¡Qué venturosos son los que se aman!)

✕

—Estás insoportable; ni Dios mismo te podrá resistir. ¡Eres una ganga!

—Me estás siempre probando la paciencia.

(¡Qué desgraciados son los que se casan!)

F. Luis Lorente.

CASTIGO MERECIDO

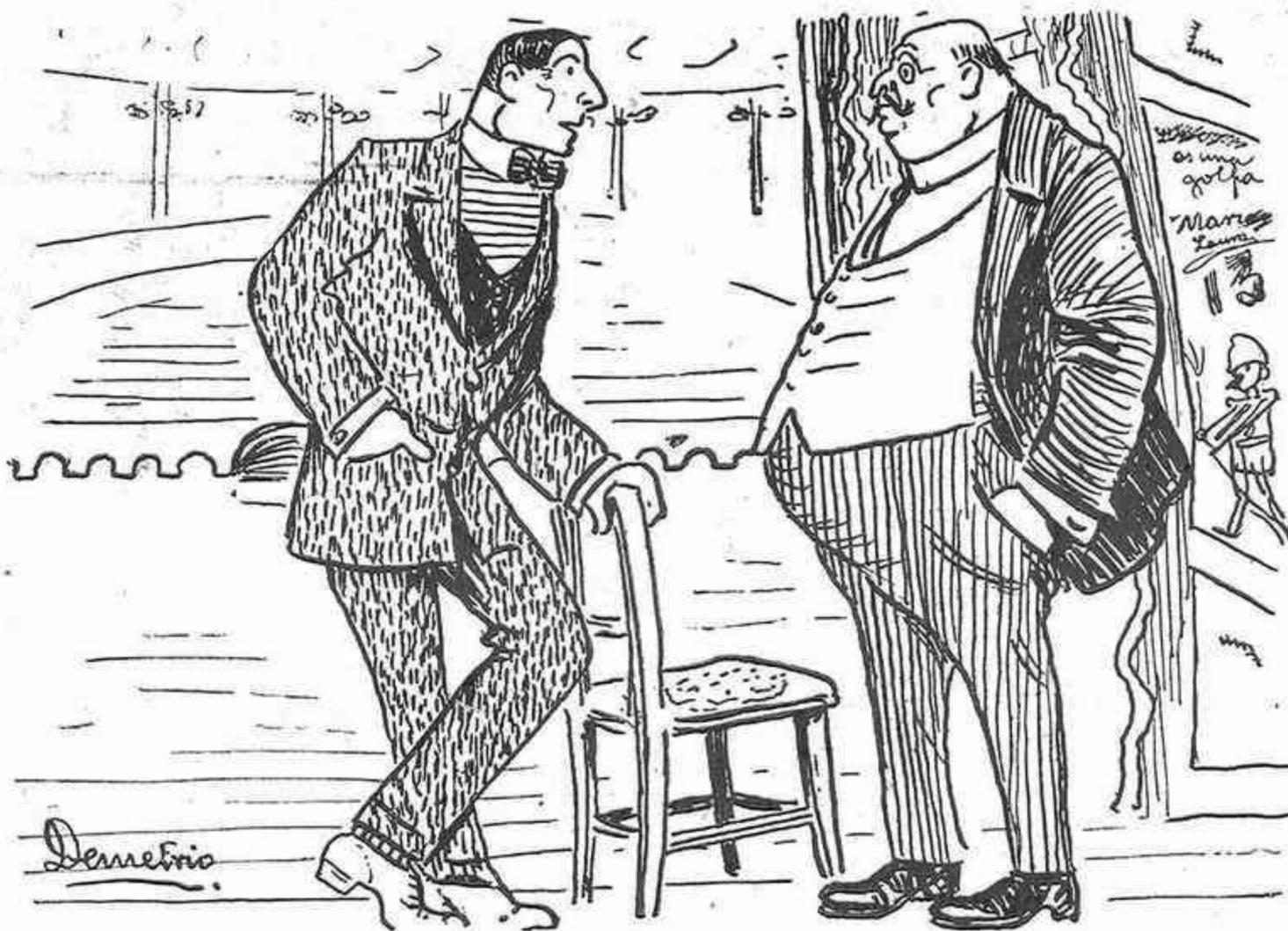
HE visto á don Prudencio... Prudencio es un antiguo compañero de los buenos tiempos de nuestra pasada juventud, aquellos tiempos, ya lejanos, en que bebíamos y amábamos con enorme descuido. Prudencio era un buen chico que, á no ser más enamorado que Cupido y más aficionado que Baco al zumo de

—¿Y de mujeres, qué hay?

—No me hables—repuso sonriendo con los labios desencantados—; las niñas que, cuando éramos mozalbetes veíamos jugar al corro, ahora son virgencitas casaderas á quienes repugnan los hombres que, como nosotros, no pueden andar sin arrastrar los pies.

—¿Es verdad!... ¿Y los naipes?

—¡Oh, no los recuerdes! Los naipes me han dado muchos disgustos... Al principio, tú lo sabes, jugaba como un loco; después, los reveses de fortuna me volvieron cauto; sabía de antemano hasta dónde debían alcanzar mis ganancias y la cantidad que podía perder, y, finalmente, el juego llegó á ser para mí como otro entretenimiento cualquiera. Así, por ejemplo, las noches en que el maldito vicio me vencía, iba al Casino y arriesgaba únicamente veinticinco ó treinta pesetas. Si ganaba, era un dinero que consideraba llovido del cielo; si perdía, me fingía la



El empresario.—Amigo Lechúguez: no me convence el ensayo.

Lechúguez.—¿Nota usted flojedad en los coros?

El empresario.—No; donde noto flojedad es en las partes.

las buenas cepas, no hubiese tenido otro defecto que una desmedida afición al juego. De haber vivido en China, Prudencio no hubiera vacilado en poner á los pies de una sota su hacienda, su honor y su mujer...

Hemos hablado largamente, y me parece muy cambiado; él también me encuentra más viejo. ¡Claro!... Veinte años de aventuras no pasan en balde...

—¿Bebes?—le pregunté.

—Únicamente en las comidas, y eso lo absolutamente indispensable.

ilusión de haber estado en el teatro y luego cenando en Fornos... Después, Prudencio me refirió la aventura que le ha curado radicalmente de su insana afición á los naipes. Conviene advertir que mi viejo amigo es *causeur* inimitable y que los *causeurs* no suelen ser modelos de veracidad. Pero ¿qué importa?... En esto, como en todos los pasatiempos y conversaciones de camino, la amabilidad es lo principal.

En estos últimos tiempos, Prudencio y varios amigos suyos, gente rica y bien humo-

rada, tenían en los alrededores de Montmartre un domicilio común, especie de casino, donde convivían en admirable concierto todas sus amigas, y en que se rendía pleito homenaje á todos los vicios y divertimientos de la vida alegre. Allí se preparaban días de campo, excursiones por los alrededores de París, viajes pintorescos á Niza y al norte de Italia. Por las noches, después del teatro, solían organizarse partidas de *baccarat* y *monte*, que duraban hasta el día siguiente.

Prudencio, á quien sus antiguas aficiones de tahir obligaban á permanecer sentado junto al verde tapete, no pudiendo resistir el sueño, se dormía en su sillón como un bienaventurado, arrullado por esas palabras breves y siempre repetidas que pronuncia el banquero en los juegos de azar, y dormía con una beatitud irritante: los brazos colgando, la cabeza caída hacia atrás, los labios entreabiertos, dejando escapar un ruidillo insólito...

Al principio, los jugadores no advirtieron aquella desapacible sinfonía; luego, los perdidosos empezaron á protestar, y al fin todos concluyeron por hallar odioso el ronquido de D. Prudencio.

—Esa es una prueba incontestable de mala educación—decían unos.

—Vamos á mantearle—decían otros.

Las mujeres, siempre crueles, le jugaron algunas bromas pesaditas, tales como echarle un vaso de agua por la cabeza, ahumarle las narices con una cerilla, atarle al sillón y luego despertarle con las terribles voces de:

—¡Fuego! ¡Fuego!...

La última diablura, aquella á la cual achaca Prudencio la aversión que ahora le inspira el juego, tiene una intención casi criminal. Cierta noche, mi amigo sintió que le despertaban, sacudiéndole por un brazo; abrió los ojos y no vió nada: la obscuridad era completa.

—¿Juegas?—le preguntó su amiga—. Yo pongo un *luis* al caballo.

—¿Cómo quieres que juegue—dijo Prudencio medio dormido—, si no veo?

—¿Que no ves?—exclamó otro—. ¡Cualquiera diría que has bebido!...

Y el juego siguió.

—Cinco francos al rey.

—Diez.

—Veinte francos al as.

—No va más?—preguntaba el banquero.

—Sí, ahí van cinco francos.

—Juego...

Había un momento de ansiedad, y luego todos los jugadores exclamaron:

—¡El caballo! ¡El caballo!... ¡Aquí está!

Y se oía el tintineo del oro y el roce del

rastrillo, que corría sobre el tapete, barriendo monedas.

El juego volvió á empezar.

Entonces don Prudencio, ya completamente despabilado, comenzó á gritar desafortunadamente:

—¡Señores, piedad! ¡Estoy ciego! ¡No veo nada ...

Estas palabras provocaron una tempestad



El abonado.—¿Pero no salen ustedes en este cuadro?

Una.—Sí; pero primero salen las que hacen de gallinas, y luego nosotras, que hacemos de pollas.

de risa. Todo ello había sido una broma, una travesura de la adorable *Totó*, que quiso burlarse de su amigo, apagando la luz eléctrica.

—Desde entonces—me decía Prudencio riendo—no he vuelto á jugar... ni á dormir-me en ninguna parte.

Fernando Amado.

O PESADITAS, O NO DARLAS

LA bromita fué tan pesada, que si el muchacho nos hubiera matado, á mí, muerto y todo, me estaría pareciendo bien á estas horas.

Figúrense ustedes que á nuestra gracia se debe la ruptura de un matrimonio llamado á cumplir en la vida su misión evangélica.

El pobre muchacho vino á nuestra re-



El marido (ocultándose).—¡Badajo! ¡Mi mujer con Antonio! ¡Qué sinvergüenzas! ¡Expuestos á que yo los vea!

unión engañado, sin duda alguna; el afán que de iniciarse en la vida alegre tienen aquellos que jamás han visto el mundo, como no sea por un agujerito insignificante, le llevó hasta nosotros, y fué nuestro contertulio en la mesa del café, en el palco de Romea y en las últimas horas del Madrid trasnochador.

Se llamaba Celedonio y acababa de llegar de Segovia. ¡Celedonio!... ¡Segovia!

Dos cosas que nosotros, no sé por qué, conceptuamos altamente ridículas y que fueron la determinante de que le hiciésemos víctima obligada y propiciatoria de todas nuestras burlas y bromas pesadísimas.

El mismo nos confesó con una ingenuidad encantadora que venía á Madrid á contraer matrimonio con una burguesita muy rica, de costumbres muy sanas, y cuya familia alardeaba de una moralidad muy severa.

Pero antes de que el matrimonio se consumarse, él quería *correrla* en toda la extensión de la palabra, y por eso acudía á nosotros en demanda de que fuésemos Mentores calaverescos de aquel Telémaco segoviano.

Como el chico tenía dinero de largo, pues su padre le *habilló* unos cuantos duros para los gastos premonitorios del casamiento, nos fué facilísimo llevarle á todas partes.

En una sola noche se gastó quinientas pesetas convidando á cenar en el propio escenario á todo el coro de cierto *cine* para acompañar después á su casa á la más fea de las *divettes*, que le despidió con un *¡Que usted descanse!* al final de la calle de Bravo Murillo, y dadas ya las cuatro de la madrugada.

Y así sucesivamente.

Pero anteanoche llevamos la broma al último límite.

Nos citamos á las dos en Fornos; cenamos en el café, y cuando el público iba desfilando, reclutamos á todas las amigas que quedaban y subimos al gabinete del piano. Era lo indicado tomar el Champagne.

En total seríamos nueve personas: tres amigos, Celedonio y cinco popularísimas muchachas de esas que no tienen sueño jamás hasta mediodía y que, por lo tanto, amanecen siempre á las ocho de la noche. El vino corrió por las mesas, rebosando las

copas, encharcando el suelo, manchando las ropas y ahitando el estómago.

Pero la borrachera más *contundente* fué la del pobre Celedonio, que quedó tendido boca abajo en el diván del gabinete.

La Patro, que tiene tanta gracia como mala intención, nos dijo antes de salir:

—¿Y qué hacemos con este póbrego?

Verdaderamente se hallaba en un sopor profundísimo y no había medio de volverle á la realidad.

—¿No tiene novia y ha venido á verla?

—Sí.

—Pues entonces que se lo lleven á su novia.

Y en el dorso de la *Carte*, la Patro escribió:

“Joven elegante y de Segovia. Quien se lo encuentre puede llevarlo...”

—¿Dónde vive su suegro?

—Almirante, 12...

“... Puede llevarlo: Almirante, 12, y se le gratificará...”

Sujetó con una alfiler el escrito al frac del muchacho, y salimos todos del gabinete riendonos de la broma...



Lo horrible del caso es que los camareros, ni cortos ni perezosos, cargaron con él y se lo llevaron á su suegro... ¡con la cuenta además!

¿Celedonio... y de Segovia? ¡Era un predestinado!

Jacinto Carmin.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

LA MUJER DEL MUERTO

por «El duende de la Colegiata»

20 CÉNTIMOS

SONETO

Busca el genio los múltiples colores
con que ha de perpetuar belleza rara;
yo busco los que lucen en tu cara,
más bellos que los otros y mejores.

Contempla el codicioso con temores
el oro que afanoso atesorara;
yo contemplo con ansia más avara
tu riqueza de encantos seductores.

El último suspiro da el asceta
en la tierra, dejando sus despojos
y el alma á Dios, cuya piedad invoca;

¡quién pudiera morir en paz completa
mirándose en el cielo de tus ojos
y bebiendo los besos de tu boca!...

E. Carmona Luque.

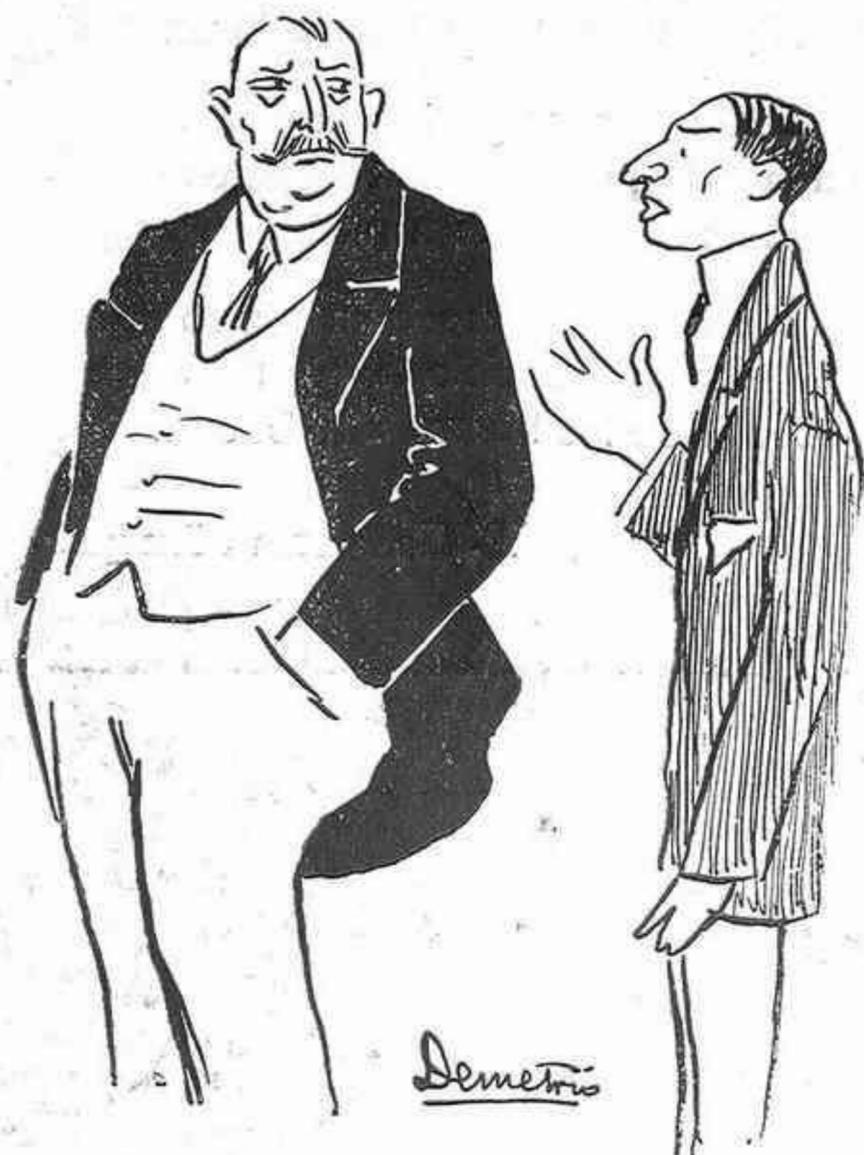


—¡Vístase usted, señorita, que hay aquí un fresco...!

—¡Ay!, dile que pase...

NIÑAS QUE SE PINTAN

Lástima que lleves pintadas las cejas
y estucado el rostro trigueño y pulido;
eso siempre ha sido
de cocotas viejas
que buscan marido.
Tú no necesitas



—¿Y en qué te fundas para no quererte casar?

—Mira, papá: yo estoy muy acostumbrado á las diversiones, y eso de la mujer me vendrá muy ancho.

para tus amores
cambiar de colores.
Las niñas bonitas
son como las flores;
son como las flores que adornan las rejas
donde los amantes se dicen sus quejas;
son como las flores azules, bermejas,
grises, amarillas, blancas y rosadas,
que están siempre bellas en sus alboradas,
pero que en las rejas más bellas parecen
cuando á los suspiros de Amor se estremecen.

Tú no necesitas
para tus amores
cambiar de colores.
Las niñas bonitas
son como las flores.

No trueques en oro de falsos destellos
el negro sedoso de tus blondos rizos;
no sólo las rubias nos causan hechizos;
también las morenas de negros cabellos
saben á los hombres enredar en ellos.

No pintes tus cejas,
no estuques el rostro moreno y pulido;
eso siempre ha sido
de cocotas viejas
que buscan marido.

Gabriel Enciso.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
APARTADO 547**

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

EL CÓDIGO DEL TEATRO

por SANTIAGO ARIMON Y ALEJO GARCIA GONGORA

JUICIO CRITICO DE
JACINTO BENAVENTE

PROLOGO DE
OCTAVIO CUARTERO

CINCO PESETAS

En todas las librerías, y en la Administración, Palma, 32.